

dilemas y pobre lógica, han sacádole hoy sus corrompidas hilachas ó fétidos harapitos al sol; hable, hermanito, si aun tiene cara, lengua y pluma para hablar, hable, siga descristianizando á sus candorosos lectores, ó insultando, injuriando, burlando y difamando á los sacerdotes, cuya mano ayer besaba, ¿verdad? y hoy aborrece de muerte; hable, señor Barretero, y defendiéndose de los tremendos cargos que justamente le hago, pruebe, pruebe bien, pruebe en debida forma, pruebe como caballero, como sabio, como verdadero sabio, así pruebe que soy sacerdote avaro.

Pero dejando al Barretero sumido en el inmundo fango de su afrenta, ignominia ó vileza vosotros, sus humildes lectores, dignaos contestar cristianamente estas dos preguntas: Una, ¿qué nombre daremos al hombre que, después de haber villanamente insultado, injuriado, difamado, herido, robado y matado á otro hombre, sigue burlescamente descarnando á su cadáver, como el inhumano Barretero está haciéndolo conmigo? ¿Cual será su nombre propio? ¿Cual será? ¿Le llamaremos lobo, leopardo, tigre, oso, pantera ó buitre? No, que estos carnívoros animales matan, comen y se retiran, respetan los huesos de su víctima. Entonces, ¿como le llamaremos? ¿Qué nombre le daremos? ¡Ay! vosotros, católicos, apostólicos, romanos, apuntad la partida, bautizadle bien, pues yo quiero que, siquiera sea allá en el Valle de Josafat, me digáis como se llama ese animal sin nombre. Otra, ¿es buen hijo aquel que, en vez de defender á sus padres como debe paga porque los insulten, difamen, burlen, roben, maten y roean sus helados huesos después de muertos? ¿Es buen hijo el que tal maldad comete? Hablen, hablen claramente Señores lectores de «El Barretero» ó prensa mala. ¿Es buen hijo el hijo ingrato? Evidentemente nó. Es que los sacerdotes, todos los sacerdotes católicos, en cuya sagrada Gerarquía me encuentro yo, somos vuestros padres en Cristo.

Mas permitidme, carísimos, que me despida de vuestro periódico, diciéndole: Señor Barretero, yo deseaba, y vehementemente, que sus lectores me conocieran bien; ya me conocieron; mis deseos en todas sus partes han cumplídose; estoy contento, muy complacido de ello, y ahora, como suele decirse, Ud. es cuchillo, y yo carne; hiera, si aun no queda por allá un átomo de vergüenza, hiera, corte, desmenuce, asesine á mi honra ú honor sacerdotal, hasta en las médulas de sus huesos, seguro de que yo no hablaré ya públicamente, sobre este asunto, ni media palabra siquiera, no por falta de valor y material que, gracias á Dios, algo queda todavía, sino porque no puedo, ni debo, ni quiero perder mi precioso tiempo hablando con apóstatas, mercenaríos, embusteros, pedantes, charlatanes ó payasos. Conste ante todo el mundo verdaderamente ilustrado, conste el poderoso motivo de mi futuro mutismo.

De Uds., inclitos atletas de la prensa honrada, su inútil servidor é indigno Capellan que atto. S. S. M. M. B.—PR<sup>o</sup>SB<sup>o</sup> HILARIO SANCHEZ

*honrada razón*

## RESEÑA DE LAS HONRAS FÚNEBRES

Que por disposición del Illmo. y Revmo.

*Sr. Dr. D. Menégenes Silva,*

SE HICIERON EN MORELIA

al Illmo. y Revmo. Sr.

**Don Fray Antonio de San Miguel  
Iglesias,**

Dignísimo Obispo de Michoacán,

EN EL PRIMER CENTENARIO

DE SU FALLECIMIENTO.

*Escrita por Mariano de Jesús Torres  
y se publica por disposición del mismo Illmo. Sr. Silva*



**Tipo. de Paulino Arango.**

**1904.**



**E**NTRE la serie gloriosa de ilustres Prelados que han brillado en la Iglesia de Michoacán por su talento, su iniciativa y sus virtudes, se destaca la figura simpática y magnífica del Illmo. y Rev. D. Fray ANTONIO DE SAN MIGUEL IGLESIAS que gobernó esta diócesis á fines del siglo antepasado.

Originario de Revilla de Camargo, en España, donde vió la primera luz el 16 de Agosto de 1724, tomó el hábito de la Orden de San Gerónimo, en la que por sus méritos y religiosas virtudes fué alcanzando gradualmente todos los empleos hasta llegar á general de aquella, con beneplácito y satisfacción de los demás religiosos.

Las brillantes aptitudes que mostró para el gobierno de su Orden y la estimación general de que se hizo objeto, contribuyeron para que el monarca español D. Carlos III, lo propusiese para obispo de Camayagua, y el insigne Pontífice Pio VI que regía entonces la Iglesia

universal, le nombró con gusto para tan elevado puesto, del que era muy digno por sus merecimientos.

Habiendo vacado la sede michoacana por la muerte del inolvidable prelado D. Juan Ignacio de la Rocha, el Illmo. Sr. D. Fr. Antonio de San Miguel fué trasladado, por nuestra ventura, á esta iglesia el 15 de Diciembre de 1783

En los altos é inescrutables designios de la Providencia Divina estaba preparado tan caritativo pastor para ser el amparo y el consuelo de la nueva grey á la que iban á sobrevenir gravísimos males y grandes infortunios.

En efecto, á consecuencia de la pérdida lamentable de las cosechas por una terrible sequía, se originó en 1786 una hambre devastadora que sembró el conflicto en las clases proletarias, y llenó de amargura el sensible y tierno corazón del bondadoso prelado que no podía ver con calma ni con indiferencia los sufrimientos de su pueblo.

“En esa época, dice un sabio biógrafo michoacano, (1) desplegó todos los recursos de su celo y bondad de corazón: hizo grandes acopios de semillas, repartiendo diariamente más de cien mil raciones á los miserables; se privó del uso del coche; empeñó sus rentas; emprendió las grandiosas obras del acueducto y las calzadas para facilitar trabajo á los pobres, ocupar los brazos ociosos y embellecer la ciudad. Puentes, empedrados, terraplenes en los caminos, varios edificios públicos y las fuentes, todo esto debió Valladolid á la caridad y munificencia de su pastor.”

Las referencias que hace el distinguido escritor que acabamos de citar son exactas, pues efectivamente ese

1 D. José Guadalupe Romero.—“Noticias para formar la Historia y la estadística de Michoacán.”

magnífico acueducto que tanto embellece á la ciudad y que es la admiración de los viajeros, se debe á los sentimientos nobles y generosos del Illmo. Sr. Fr. Antonio de San Miguel que superó en espíritu levantado al celeberrimo conde de Revillagigedo que tanto hermoseó á México en la época de su gobierno.

Continúa diciendo el respetable historiador que acabamos de leer:—“Las viruelas atacaron después á los pueblos, y el Sr. Obispo renovó los prodigios de su caridad, al mismo tiempo que hizo propagar primero la inoculación y después la vacuna que salvaron innumerables víctimas. A pesar de su edad avanzada, fué uno de los pocos prelados que visitaron todo el territorio del obispado.”

Tales son en compendio los beneficios que le hizo á Valladolid, hoy Morelia, el Illmo. Sr. D. Fr. Antonio de San Miguel: para narrarlos todos con sus pormenores y detalles, se necesitaría un libro y una pluma bien cortada y no tan deficiente como la nuestra.

Muchos más bienes habrían recibido los hijos de este suelo de manos de su amoroso padre; mas cumpliéndose en éste la ley ineludible de la naturaleza, entregó su alma al Criador, á las cuatro y minutos de la mañana del 18 de Junio de 1804, después de recibir todos los auxilios de la religión.

La infausta nueva de su muerte causó una conmoción general en toda la ciudad donde era venerado por sus virtudes, admirado por su humildad y amado por los bienes cuantiosos que hizo á todas las clases sociales, especialmente á los pobres; la tristeza más profunda se retrató en todos los semblantes; abundantes lágrimas de amor y reconocimiento humedecieron las inertes manos del difunto prelado, durante el tiempo que estuvo expuesto públicamente su cadáver en el palacio

episcopal. Los tristísimos y solemnes dobles de las magestuosas campanas de la Catedral, le anunciaron al mundo la viudez en que había quedado la Iglesia de Michoacán y la orfandad en que se veía el pueblo desventurado que había perdido, no sólo su pastor, sino su padre, su bienhechor y amparo.

El Venerable Cabildo metropolitano se apresuró á honrar la memoria del Illmo. Sr. Fr. Antonio de San Miguel con unas solemnes exequias; á cuyo efecto se vistió de luto el interior de la Catedral, se levantó una elegante y magestuosa pira en la que se leían elocuentes inscripciones en latín y en castellano, debidas estas últimas á la inspirada musa del eminente poeta michoacano, Sr. Presbítero D. Manuel de la Torre Lloreda.

No podemos resistir al deseo de insertar aquí el bellísimo soneto, puesto al pie de una alegoría que simbolizaba la Caridad, representada en una copiosa y cristalina fuente, y decía así:

“¿Ves esta fuente, que perenne brota  
Impetuoso caudal de fluida plata,  
Y en tan gruesos torrentes se desata  
Que en cada uno parece que se agota?

Pues con la profusión que así denota,  
Aun la piedad de ANTONIO no retrata,  
Ni aquella CARIDAD, que se dilata  
A la región del orbe más remota.

A suspender el curso de esta fuente  
De Atropos la violencia no es bastante,  
Aunque cegarla en su principio intente;

Pues derramó un caudal tan abundante,  
Que todavía su rápida vertiente,  
Sin sentir variación, corre constante.”

\* \* \*

También nos complacemos en reproducir el siguiente magnífico trozo de la oración latina, pronunciada entonces por el elocuente orador, Sr. Canónigo Magistral D. José Antonio de la Peña y Navarro, que contiene los más justos elogios del excelso orador:

“Quod vero ad beneficentiam communem pertinet, multis, illustribusque operibus ostensum est. ¿Quot in populis salubris aquæ penuriâ laborantibus aquarum ductus Præsulis expensis structi sunt, atque formati fontes? ¿Quot super flumina, et rivos periculosi transitus pontes fuerunt erecti? ¿Quot in itineribus, quibus pluviarum æstate, si non impossibilis, difficillima certè mercium convehectio magno erat viatoribus labori, magnòque mercatoribus, atque cunctæ reipublicæ detrimento, stramenta posita sunt? ¿Quot, etiam ab agricolis aquarum receptacula Præsulis ope septa sunt, ut fructus communis, necessariique usus auferantur? Ne singula hujus generis opera expendam, in his tantum, quæ in hac civitate locavit, paulisper immorabor. ¿Qualis erat earum rerum status, quæ ad communem utilitatem pertinent, antequam Præsul noster opibus suis eum mutasset? ¿Qualis viarum forma? ¿qui certus locus atque oportunus, ubi Cives domesticis, aliisque curis distenti, spatium, atque refici possent? ¿quæ etiam aquæ quotidie communiterque necessariæ provisio? Viarum forma cœnosa, horrida, offendiculis plena, atque difficilis: oportunus spatiandi locus, nullus: aquæ provisio, exigua, et, quæ cum ejus ductu vetustate labenti, brevi defutura erat; at quàm alium statum hæc omnia induerunt Præsulis hujus urbis amantissimi beneficentiâ! Viæ penè omnes complanatæ, lapidibus munitæ, atque ornatae sunt: recreationis locus omænis, et pulcher creatus est, et aqueductus magnificus ea ratione ædificatus est, ut illam per diversos fontes abundè mittat, firmitudine

perpetuo permansurus videatur; atque illustri ornamento huic Civitati sit.”

Nos es grato igualmente dar lugar en las siguientes líneas al elocuente apóstrofe que aparece en el elogio fúnebre pronunciado por el Sr. Dr. Manuel de la Bárcena en las honras fúnebres al mismo Sr. Obispo, que dice así:

“¡Pobres de Jesucristo! ¿qué hubiera sido de vosotros sin la caridad de vuestro Padre? Para eso era él pobre, para que los pobres no perecieran: para eso se privó por muchos años del único desahogo que tenía, el uso del coché, para que el bruto no consumiera el alimento que podía servir al hombre, para economizar para vosotros. Para vosotros empeña entonces sus rentas en grandes cantidades. Entonces emprendió su caridad ilustrada tantas obras públicas que admiramos; y haciendo en uno tres beneficios, ocupó los ociosos, socorrió la pobreza, adornó la Ciudad. Adornó, no con edificios de vanidad que sólo traen un poco de falsa gloria á sus autores, sino con fábricas útiles, puentes, calzadas, empedrados, fuentes públicas. Entonces desterró de tí, Valladolid, juntamente con el hambre, la sed que ya te amenazaba. Entonces hizo ese suntuoso acueducto que hermosea tus contornos, y que será por su firmeza un monumento eterno de su munificencia.”

\* \* \*

Ha trascurrido ya un siglo desde la muerte de aquel pastor insigne, y en ese largo período de tiempo ha visto esta ciudad desaparecer de la escena del mundo al Illmo. Sr. Don Marcos Moriana y Zafrilla que apenas gobernó la iglesia de Michoacán unos cuantos meses; al venerable y santo Don Juan Cayetano Portugal que por sus eminentes virtudes iba á disfrutar la gran gloria de ser el primer Cardenal de la América; al sapientísimo y grandilocuente Don Clemente de Jesús Munguía,

cuyo talento sin rival en Michoacán produjo obras inmortales, y que lleno de tristeza murió en el destierro; y por último, al inolvidable Sr. Dr. Don José Ignacio Arciga, cuyo fallecimiento, acaecido hace pocos años, jamás lamentaremos bastante y que nos dejó un recuerdo imperecedero en esa ornamentación magnífica de nuestra suntuosa Catedral y en su protección decidida á ese famoso Seminario que ha producido tantos sabios.

\* \* \*

Pero si hemos perdido tan insignes prelados, en cambio tenemos ocupando la silla archiepiscopal un pastor respetable que en el poco tiempo que hace, relativamente hablando, que gobierna la iglesia michoacana, ha fundado útiles establecimientos de caridad, colegios, institutos, asociaciones, etc, dando vigoroso impulso á las ciencias, á las letras, á las artes y á la industria; proporcionando trabajo á las clases laboriosas, derramando á manos llenas sus tesoros entre los necesitados para aliviarles en su miseria y dando al culto católico un esplendor admirable; y por último honrando la memoria tanto del excelso Pontífice Pio IX, como la del bienhechor de Morelia, Don Fr. Antonio de San Miguel Iglesias.

En efecto, al acercarse el centenario de la muerte de este insigne prelado el Illmo. Sr. Don Atenógenes Silva dispuso se solemnizase de una manera conveniente.

Véamos el contenido de la Circular número 34, que fecha 2 de Marzo del corriente año, tuvo á bien dirigir Su Illma. al V. Cabildo y fieles de la Archidiócesis:

“Venerables Hermanos y amados hijos:

Cúmplese en el mes de Junio del presente año, un siglo de la muerte del Illmo. y Rmo. **Don Fray Antonio de San Miguel**, dignísimo Obispo de Michoacán.

El Illmo. Sr. de San Miguel, fué benefactor insigne de esta Arquidiócesis y señaladamente de la ciudad de Morelia. Los principales hechos que demuestran la verdad de la anterior afirmación, son los siguientes:

1º El noble celo apostólico con que trabajó por la gloria divina y la salvación de las almas, en su obispado.

2º La práctica constante de la caridad durante su episcopado.

3º La construcción del gran Acueducto que surte de agua potable á la ciudad, y que importó crecidísima suma: esto también con el objeto de que el pueblo tuviera trabajo.

4º En el año de 88 del siglo XVIII, llamado el año del hambre, además de dar copiosas limosnas, promovió, ayudado por el V. Cabildo y por los principales vecinos de esta ciudad, obras públicas de importancia para que el pueblo tuviera trabajo: entre esas obras se enumera, la compostura de los caminos públicos, la construcción de varios puentes, la reedificación en que actualmente se encuentra el colegio de S. Nicolás, etc., etc.

Es evidente que las sociedades y las personas deben ser agradecidas con los benefactores que les han hecho importantes beneficios, pues la gratitud es un sentimiento nobilísimo que eleva y dignifica á los que la practican: así como la ingratitud es uno de los defectos más monstruosos y repugnantes de los que deshonran al género humano.

Además de lo antes expuesto, se debe tener presente que el Ilustre Fray Antonio de San Miguel tuvo el sagrado carácter sacerdotal y la altísima dignidad episcopal, que lo hacen aun más respetable ante un criterio recto y cristiano.

Por las anteriores consideraciones, de acuerdo con el M. I. y Venerable Sr. Deán y Cabildo, he tenido á bien

disponer que se celebre con la mayor solemnidad posible, el centenario del Illmo. y Rmo. Sr. Obispo Don Fray Antonio de San Miguel, conforme al siguiente

## PROGRAMA.

1º En la primera quincena del mes de Agosto, se celebrarán honras fúnebres en la Santa Iglesia Metropolitana.

2º La Asociación "Juventud Católica," organizará una velada, en honor del insigne benefactor.

3º Se repartirán á los pobres de la ciudad, piezas de ropa y otras limosnas extraordinarias.

4º Todos los Señores Sacerdotes de la Arquidiócesis, se servirán aplicar una Misa por el Illmo. Sr. de San Miguel.

5º Oportunamente se nombrará una comisión para que invite al vecindario de esta ciudad, á tomar parte en las mencionadas solemnidades, y para arreglar los demás negocios que se ofrezcan.

Espero fundadamente, Venerables Hermanos y amados hijos, que os prestaréis de buena voluntad y entusiasmo, á celebrar el Centenario de tan insigne benefactor.—Morelia del Sagrado Corazón, 2 de Marzo de 1904.—*Atenógenes*-Arzobispo de Michoacán.—*Francisco Bargas Galván*, Secretario."

Aun cuando en el Programa que acaba de verse se expresa que las honras fúnebres al Illmo. Sr. Don Fr. Antonio de San Miguel tendrían lugar en la primera quincena del mes de Agosto, sin embargo, el Illmo. Sr. Silva, con el objeto de que tuvieran mayor lucimiento, creyó conveniente aplazarlas, como de facto las aplazó, para el 27 de Septiembre, en cuyo mes iban á empezar las fiestas jubilaes en honor de la Inmaculada Concep-